

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Correo concertado

Punto de suscripción y venta.

Toledo: D. Elias Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Redacción y Administración: Lechuga, 13.—Teléfono 12

Se publica martes y sábados.

Suscripción.

| | |
|--------------------|---------------|
| Un año..... | 5,00 pesetas. |
| Número suelto..... | 0,10 |
| Idem atrasado..... | 0,15 |

Pago adelantado.

El por qué humano de la Pasión de Jesús.

Como el hombre busca naturalmente, é impulsado por el deber de conocer las causas de los hechos históricos, el por qué de lo ocurrido en pasadas edades, para mejor explicarse lo que sucede en el tiempo en que á él le toca vivir sobre la tierra, conviene exponer aquí las causas humanas de la muerte de Jesús, exposición que nos servirá para darnos cuenta exacta de lo que ocurre hoy entre nosotros.

Fueron muchas las personas que intervinieron activamente en la Pasión del Justo, aunque no todas impulsadas por igual motivo.

Intervino Judas en primer lugar vendiendo á su Maestro por treinta dineros, el precio de un esclavo; ¿qué movió á Judas á cometer tamaña felonía con El que le había escogido para discípulo predilecto y Apóstol de su Evangelio? Dos pasiones de las más bajas que anidan en el miserable corazón humano: la avaricia y el despecho. De la primera es testigo S. Juan, que nos lo dice terminantemente; la segunda se desprende de la relación de los cuatro Evangelistas, que refieren la decisión tomada por el traidor como consecuencia de la defensa hecha por Jesús de la buena obra de María, al derramar el unguento preciso sobre los sacrosantos pies del convidado de Simón.

Los sacerdotes y principes del Sanhedrin tuvieron otros motivos para la muerte de Jesús, eran tan patentes, que hasta el mismo presidente romano «sabía que le habían entregado por envidia». El Salvador les había dicho muchas verdades amargas y había descubierto ante el pueblo su doblez; y como el pueblo es naturalmente dócil, seguía en tropel al Hijo de David aclamándole en todas partes, lo cual dió por resultado el que aquellos hombres concibieran contra Él un odio implacable, hijo de la envidia que les corroía. Algo parecido á lo que tiempos atrás ocurriera á David, aclamado por las muchedumbres cuando dió muerte á Goliat, con el rey Saúl, que desde aquel instante comenzó á perseguirle de muerte.

Herodes, que también intervino en la Pasión y muerte del Salvador, aunque no tan eficazmente como los restantes, no quería mal al Hijo de María y deseaba tener ocasión de ver alguna de las maravillas que de Él se referían; mas cuando advirtió que ni siquiera le contestaba á las preguntas hechas, que fueron muchas, se sintió herido en su orgullo y le despreció, vistiéndole de blanco como á un memo; de manera que la vanidad é insustancialidad de aquel rey le incitaron á cooperar en la Pasión del Redentor del mundo.

A Pilatos no fué la avaricia, ni la envidia, ni la vanidad, lo que le movió á firmar la sentencia de muerte, después de haber decretado los azotes del Santo de los santos: fué la ambición, el deseo de mando, el no perder la bonita carrera que había hecho y pensaba mejorar sirviendo al César, junto con un temor servil de desagradarle.

Los soldados romanos ejecutaron la sentencia por obedecer á sus jefes, añadiendo en la ejecución la malicia propia de gentes ineducadas y crueles, que se burlan de la desgracia ajena.

El pueblo judío contribuyó por su parte á la Pasión y muerte de Jesús con sus vociferaciones, pidiendo á gritos la crucifixión, engañado por los sacerdotes y escribas que le hicieron creer que se trataba de un peiigrosísimo impostor, cuya muerte reclamaba el bien público de la nación judía. Y así se explica que aquel pueblo, que pocos días antes había salido lleno de entusiasmo á esperar á Jesús á Betania, aclamándole sin cesar en todo el trayecto como al hijo de David, es decir, al Mesías prometido, le blasfemara con tanta furia delante del Pretorio y en el Calvario.

Examinadas, pues, las causas humanas que dieron por resultado la muerte del Hijo de Dios, hallámoslas en las más viles pasiones del humano corazón; nada de altura, de elevación de miras, de propósitos elevados, de dignidad y de nobleza; al contrario, allí todo es rastrero, bajo, vil, pasional y sin una mala apariencia de razón. Y todo ello está tan patente y manifiesto en la relación de los Evangelios, que no queda otro recurso que negarlos ó creerlos.

Si ahora quisiéramos investigar el por qué de la persecución que se hace hoy á Jesús en su Iglesia, no solamente en un punto del globo, como ocurrió entonces, sino en toda la redondez de la tierra y principalmente en Europa, halláramos que no son otras las causas impulsivas y motivas de semejante persecución, sino las mismas bajas pasiones que movieron á los judíos en la época del Salvador.

Unos cuantos renegados á quien el despecho de no haber obtenido y alcanzado lo que deseaban, les hizo vender á Cristo por menos de treinta siclos, son los primeros agentes de la actual persecución religiosa. ¡De qué buena gana citaría aquí dos docenas de nombres propios que llevarán el convencimiento gráfico á los lectores! Pero eso no es conveniente por ahora; ya se hará en tiempo oportuno.

La ambición, el deseo de mando, el no perder la breva del empleo bien retribuido que se tiene ó que se espera, ¿á cuántos no mueve cada día para ir contra Cristo, calumniándole en sus ministros y negando el agua y el fuego á los que se declaran discípulos suyos? ¿Quién será capaz de contar los Pilatos que pululan

por esos mundos de Dios, y, sobre todo, por nuestra España, dispuestos á vender la justicia y condenar al justo, á sabiendas de que lo es y de que nada hizo digno de muerte? ¿Y qué matemáticas serán suficientes para sumar el número de los hombres vanos é insustanciales que, creyéndose sabios y prudentes, lo confían todo á su razón ruinísima y apasionadísima, mirando con soberano desprecio cuanto no se acomoda á sus caprichos necios, por los cuales pretenden que se dirija la sociedad?

Pero sobre todo, donde mejor se ve y se palpa la igualdad de nuestros días con los días de la Pasión de Jesús, es en la seducción del pueblo, antes tan cristiano, tan fervoroso, tan creyente, tan amigo de sus curas y de sus religiosos, tan buen cumplidor de los preceptos eclesiásticos, tan dócil y sumiso en escuchar la divina palabra como pronto y decidido en ponerla por obra; hoy tan indiferente, tan impio, tan incrédulo, tan enemigo del clero secular y regular, tan alejado, no sólo del cumplimiento de los mandamientos eclesiásticos, sino de los naturales y divinos, como de la predicación y conocimiento de la doctrina cristiana, que da compasión el comparar el hoy con el ayer.

¿Quién ha obrado esta transformación en tan poco tiempo sino los escribas y fariseos que, metiéndose entre las turbas en forma de hojas volantes, periódicos, folletos, grabados, fototipias y otros disfraces análogos, ha conseguido presentar lo negro como lo blanco y lo blanco como lo negro? Si, pues, actúan las mismas causas, han de resultar los mismos efectos, y para conseguir la desaparición de éstos, preciso es primero aniquilar aquéllas. Esta es la obra que á todos nos incumbe, á cada cual en su esfera. Cumplamos nuestro deber y esperemos el fruto de la Pasión de Jesús, que transformó y redimió al mundo.

R. FERNÁNDEZ VALBUENA.

Apuntes de mi cartera.

Sonetos de pasión.

ENTRE los innumerables sonetos que acerca de la Pasión de CRISTO se atesoran en el fecundo Parnaso castellano, entiendo «*salvo meliori*» que los mejores son los cinco siguientes:

Jesucristo y Adán.

Adán en paraíso, Vos en huerto;
Él puesto en honra y Vos en agonía;
Él duerme, y vela mal su compañía;
La vuestra duerme, Vos oráis despierto.
Él comió el primero desconcierto,
Vos concertásteis nuestro primer día;
Cáliz bebéis que vuestro Padre envía,
Él come inobediente y vive muerto.
Él sudor de su rostro le sustentó;
El del vuestro mantiene nuestra gloria;
Suya la culpa fué, vuestra la afrenta.

Él dejó horror, y Vos dejáis memoria;
Aquél fué engaño cierto, y ésta venta...
¡Cuán diferente nos dejáis la historia!

QUEVEDO.

II

A Jesucristo Crucificado.

Pastor que con tus silbos amorosos
Me despertaste del profundo sueño
Desde la altura de ese infame leño
En que tiendes los brazos poderosos.
Vuelve tus ojos á mí fe piadosos,
Pues te confieso por mi amor y dueño,
Y la palabra de seguir empeño
Tus dulces silbos y tus pies hermosos.
Oye, Pastor que por amores mueres:
No te espante el rigor de mis pecados
Pues tan amigo de rendidos eres;
Espera, pues, y escucha mis cuidados...
Pero ¿cómo te digo que me esperes
Si estás por esperar los pies clavados?

LOPE DE VEGA.

III

A Jesús Crucificado.

A Vos corriendo voy, brazos sagrados,
En la cruz sacrosanta descubiertos,
Que para recibirme estáis abiertos
Y por no castigarme estáis clavados.
A Vos, ojos divinos eclipsados,
De tanta sangre y lágrimas cubiertos,
Que para perdonarme estáis despiertos
Y por no confundirme estáis cerrados.
A Vos, clavados pies para no huirme,
A Vos, cabeza baja por llamarme,
A Vos, sangre vertida por unirme,
A Vos, costado abierto, quiero unirme.
A Vos, clavos preciosos, quiero atarme
Con ligadura dulce, estable y firme.

EL DOCTOR MANUEL DE NOBREGA.

IV

Al Cristo de mi cabecera.

Tú velas en la Cruz, donde clavado
Te deja, y vergonzoso y dolorido
Más que el odio de un pueblo fementido
La pesadumbre inmensa del pecado.
¡Tú velas en la Cruz! y descaído
Duerme á tus pies mi espíritu rendido
En brazos del silencio y del olvido
De un sueño en otro sueño transportado.
No sabe si hallará cuando despierte
Los dolores y halagos de la vida
O el juicio y residencia de la muerte.
Si tú, Señor, le compadecéis, cuida
De hacerle amar tu hora, la de verte,
Si esperada quizá, siempre temida.

AMÓS DE ESCALANTE.

La tela de estos cuatro sonetos no puede ser más rica, ni su tejido más bizarro ni más galanamente labrado.

Por lo que hace al soneto del gran D. Francisco de Quevedo y Villegas, es modelo gallardísimo de paralelos retóricos; pero precisamente cojea, como su autor cojeaba siempre, por ese lado conviene á saber, por ser más ingenioso que tierno. Admira, en verdad, el soneto; pero no acaba de encantarnos porque su belleza nace más del entendimiento que del corazón.

Mil veces más tierno es el soneto de Lope; que es, entre todos los poetas españoles, el poeta de más ternura; la cual sí va á decir verdad, es en nuestro Lope tan grande como la fecundidad de su ingenio.

Allá se va con el de Quevedo el soneto del Doctor Nobrega. En ambas com-